

LA SUFRIDA ESPAÑA

*No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca o ya la frente,
silencio avises o amenaces miedo.*

Quevedo

Tengo la absoluta convicción de que los españoles, al menos con ocasión del cambio de la dictadura a la democracia, hemos demostrado estar a la altura de nuestro tiempo, superando las desgraciadas conductas cainitas que convulsionaron el pasado, especialmente el siglo XIX y parte del XX. Con la Constitución de 1978, España -todos nosotros- demostró una capacidad de concordia y de conocimiento del camino a seguir para una convivencia sin conflictos ni luchas permanentes, dejando atrás cuanto nos había separado en el pretérito, y buscando lazos de unión que hicieran posible, esta vez, un “sugestivo proyecto de vida en común”, como quería Ortega. Ciertamente que no faltaron conatos negativos de incendio, apagados a tiempo con sensatez y buena voluntad. Nuestros políticos, entonces, supieron actuar con delicada energía para conseguir que el país -nuestra España- pudiera alcanzar cotas de libertad y bienestar nunca antes conocidas, sin que la imagen horrenda y bestial de la “Lucha a garrotazos”, de Goya, nos persiguiera insistente como una pesadilla.

Pero... Ignoro si aburrirse, cansarse o hastiarse de vivir en una situación de bienestar más o menos perfecto, de paz, de aceptable tranquilidad, es algo constitutivo de la propia naturaleza humana o una nefasta peculiaridad de nuestra idiosincrasia, de este singular carácter nuestro; o, por ser más exacto, de los políticos que segrega el colectivo hispano; porque el pueblo, el español llano y trabajador, solo aspira y desea una existencia sin problemas y, si acaso, poder adquirir algún día un coche como el del vecino o un terrenito en el campo donde construirse un pequeño chalet con piscina... Son nuestros políticos quienes parecen inquietos, hartos de una sociedad que, con luces y sombras, tal como acontece en todo el mundo, vive sosegada, satisfecha de haber cubierto un periodo de paz jamás conocido en su historia de garrotazos goyescos. Y, entonces, desempolvan las estupideces de cualquier esquizofrénico con Rh negativo, falsean los hechos históricos, hacen de las diversas formas del lenguaje armas arrojadas y bandera de anacrónicos nacionalismos, al tiempo que imponen sin rubor sus criterios en las regiones que mal gobiernan, forzando hasta la opresión a los que disienten o no participan de sus ideas... Ello cuando éstos últimos tienen suerte y no los convierten en víctimas del terror cobarde y asesino. ¡Y a presumir de democracia y libertad, sin el mínimo sonrojo! !!A derrochar, cuando no malversar, el dinero público!

Pero, ¿y los otros, los no nacionalistas? Parece como si padecieran un extraño complejo de inferioridad, que les merma capacidad para definirse abierta y llanamente de talante liberal, no contaminado por ese virus pernicioso que tanto mal ha causado en países sometidos a su ideario, como la extinta URSS y otros en los que aún perviven, como el regido, en palabra de nuestros gobernantes, por el fascinante Fidel Castro, disimuladamente admirado y tal vez envidiado. Pues ya va siendo hora de sacudirse temores y decir las cosas claras: No existen aquí razas puras, por fortuna; los socialismos, de forma especial el llamado científico o real, y el ahora aguado socialdemócrata, solo han sido capaces de malgastar riqueza y empobrecer a las naciones; los nacionalismos aldeanos, además de miopes, son una rémora para el progreso y la cultura y si el lenguaje sirve para comunicarse y entenderse, el ideal sería que todos hablaran el mismo idioma, no

establecer inútiles torres de Babel; tanto mas cuando el nuestro, el castellano o español, lo disfrutan y entienden mas de quinientos millones de personas. Será ridículo, esperpéntico, tener que utilizar traductores en nuestras cámaras, cuando todos dominamos una lengua común que es, además de las más bellas, la oficial.

Estos políticos que padecemos, de uno u otro signo, harían bien en dedicarse a trabajar en asuntos para los que les pagamos: crear sosiego y paz, aumentar la riqueza, impartir una justicia eficaz, organizar una sanidad eficiente, que falta le hace, proteger y ayudar a los más débiles, velar por el dinero y medios públicos con honradez, actuar sin prevalerse del poder y sus influencias en beneficio propio o sectario, promocionar una enseñanza de calidad, con justo equilibrio entre la ciencia y el humanismo, por el simple hecho de que si el hombre tiene necesidad de conocer y utilizar lo material, también le urge pensar, indagar sobre este extraño fenómeno que le acontece -vivir-, y las implicaciones e inquietudes que provoca... Ya está bien de tirarse los trastos a la cabeza, de buscar el poder por el poder, inventar falsos problemas como la necesidad de nuevos Estatutos autonómicos (quizá fuera bueno suprimirles competencias que no saben gestionar) mientras olvidan al sufrido pueblo, tan bombardeado con mensajes manipuladores de de la prensa en todas sus formas, controlada de manera inaudita, o comprada, como si España fuera una república bananera; ya está bien de que minorías execrables, paranoicas, con egoísmos insaciables, tengan atemorizada a la inmensa mayoría mediante el terror; ya está bien de pretender destruir la unidad conseguida en largos siglos de historia; ya está bien de querer resucitar el pasado de la última guerra civil, que bien ido está, para juntos construir el futuro inmersos en una Europa culta, justa, respetada, para lo que habrán de sortearse todavía no pocos escollos; ya es hora de utilizar talento, imaginación y voluntad para caminar y convivir juntos en paz, sin crispaciones, sin trampas ni maquiavelismos...Procurad, señores políticos, que no tenga razón F. Nietzsche cuando aseguró rotundo: **Se paga caro el llegar al poder; el poder vuelve estúpidas a las personas.** Y la estupidez, cuando va acompañada de rencor, envidia y otras "virtudes" semejantes, propias de seres de pobre moral y escaso intelecto, causa siempre un daño que puede resultar irreparable.